

Alma mater*

R. H. Moreno-Durán

ENTRE UN PÁJARO ENORME Y TRISTE y una paloma de piedra se pasaron los mejores años de mi vida. Y también los de gran parte de esa generación que vio y vivió el mundo de forma diferente gracias a los goces y tribulaciones que nos deparó la llamada Década Prodigiosa. Insiste mi memoria en anclarse en esos años –digamos, los que van desde 1965 a 1970– que para fortuna de unos y desgracia de otros estuvieron signados al mismo tiempo por la permisividad y la represión. Vaya por delante una confesión: desde mi infancia me fascinó la Universidad Nacional. Me atraían el pulcro campus, sus jardines y sus altos y aromáticos árboles, que le daban sentido a la voz de quien dijo que en este país “el verde es de todos los colores”. Y en medio de ese verde también me atraían los blancos edificios –ayer y hoy considerados obras maestras de la arquitectura–, donde el saber se pronunciaba con mayúsculas.

El niño que era yo iba con sus hermanos y amigos todos los sábados y domingos a jugar fútbol en los hermosos prados, ante la mirada divertida o irónica de los estudiantes, que por un momento abandonaban los libros en los que estaban concentrados, comentaban una que otra jugada y luego proseguían en peripatéticos grupos la preparación de sus exámenes. Cuando fuera grande yo quería ser como esos muchachos tan aplicados y aparentemente sensatos, pero para ello tenía que ganar mi ingreso, y eso significaba superar en las pruebas de admisión a muchos otros estudiantes, que provenían de los lugares más diversos del país.

Y eso lo logré en 1965, cuando obtuve el séptimo puesto entre varios centenares de aspirantes a conseguir una de las noventa plazas destinadas a la Facultad de Derecho, cantidad dividida luego en dos grupos de cuarenta y cinco alumnos cada uno. Y al recibir mi carnet como alumno lo primero que vi fue un pájaro enorme y como entumecido y luego, bajo sus garras enteleridas y viejas, también vi la balanza no siempre ecuánime de los abogados, la culebra de los médicos, la letra griega π de los ingenieros y la lira gemebunda de los poetas. Desde mi ingreso y bajo la augusta mirada del pájaro, que era el mismo y aburrido cóndor que figura en el escudo patrio, intuí que la Universidad Nacional conciliaba por igual conceptos tan disímiles como democracia y aristocracia.

Puestos en un nivel de igualdad, todos los estudiantes tenían que labrarse mediante el estudio un lugar permanente en las aulas, pues si su rendimiento académico no era el idóneo, tenían que renunciar a sus carreras y marcharse. La democracia les abría campo en una especie de selección piramidal a los mejores o, por lo menos, a los más persistentes. Y luego, tras la criba de los exámenes y los años, los supervivientes debían abandonar las aulas y enfrentarse al mundo. Entonces, quienes democráticamente habían superado las pruebas sentían una extraña sensación de exclusividad y, ya en la calle, no se cambiaba por nadie: conformaban una minoría selecta y la primera universidad del país era su reino y ellos eran los elegidos de un destino a lo mejor incierto pero en todo caso marcado por la excepcionalidad de un proceso en el que ellos triunfaron. Eran beneficiarios de un sentimiento que los singularizaba y que les imprimió un carácter que, como una sombra, habría de acompañarlos el resto de su vida.

* El presente texto fue leído en vida por el autor al recibir el Premio Nacional de Literatura 2005 en la Universidad Nacional de Bogotá. Aquí aparece publicado íntegro, por primera vez, de manera póstuma.

Pero vuelvo al pájaro. Ya no al que figuraba en lo alto del escudo universitario sino a un enorme cóndor que, enjaulado, contemplaba desde su cautiverio la extensión de la sabana y las moles azules de los cerros orientales. ¿Por qué un ave que desde los tiempos prehispánicos fue símbolo airoso de la libertad estaba confinada precisamente en el lugar donde se suponía que el conocimiento era la mejor forma de libertad? ¿Cuál era la razón por la cual la Universidad encerraba en una jaula al ave reina de las cumbres y los riscos más inaccesibles?

Muy cerca se encontraba el Museo de Historia Natural, donde un expositor comentaba a quien quería escucharlo la doble clasificación que el naturalista Linneo había hecho de las plantas y el reino animal. También llamaba la atención el gigantesco esqueleto de un dinosaurio, pero eso no justificaba la cadena a perpetuidad del hermoso cóndor vecino. En alguna ocasión el pintor Alejandro Obregón confesó que durante semanas enteras permanecía ante esa jaula, observando los movimientos y gestos del enorme pájaro, y que día tras día trazaba bocetos. Hasta que una mañana, ya entrado en confianza con el ave y sin poder contenerse, le arranco una pluma, y que con esa pluma pintó su primer cóndor, iniciando de esta forma la serie que se convirtió en emblema de su pintura y en sello distintivo del arte de Colombia en el mundo entero. Ése era mi cóndor, al que yo también visitaba en mis diarios paseos por el campus, cuando estudiaba a solar por los lados de la Concha Acústica o cuando madrugaba a entrenar en la pista atlética del estadio Alfonso López.

Atrás habían quedado mis veleidades como futbolista y por ese entonces yo era un atleta consumado, especializado en las carreras de fondo, diez mil metros, media maratón o maratón completa. Precisamente, gracias al atletismo, el año anterior mi nombre había aparecido por primera vez en los periódicos al ganar de punta a punta la maratón de los juegos intercolegiados. Pero poco a poco la literatura me fue sedentarizando y la Universidad contribuyó al apaciguamiento de mis ímpetus al someterme al *otium cum dignitate* de los libros. Y en el curso de esos paseos siempre tenía tiempo para visitar a mi amigo, el cóndor cautivo.

Hasta que un día, como he contado en otro lugar, vi al cóndor rodeado de tres muchachas que no cesaban de dar vueltas alrededor de la jaula. Una de ellas lo azuzaba con un periódico enrollado, a manera de fusta, con una intención que luego se hizo evidente al escucharlas hablar entre sí: querían saber cuál era el sexo del pájaro. Y no era una redundancia. Al cabo de un rato de inútil indagación, las tres muchachas recogieron sus libros, que habían colocado en lotes sobre

el césped, y se marcharon a la zona donde blanqueaban los edificios de Arquitectura y Derecho, no sin antes obsequiarme una unánime mirada cargada de suficiencia. Intuía que el femenino desdén es una de las formas taimadas de la coquetería pero no me di por aludido.

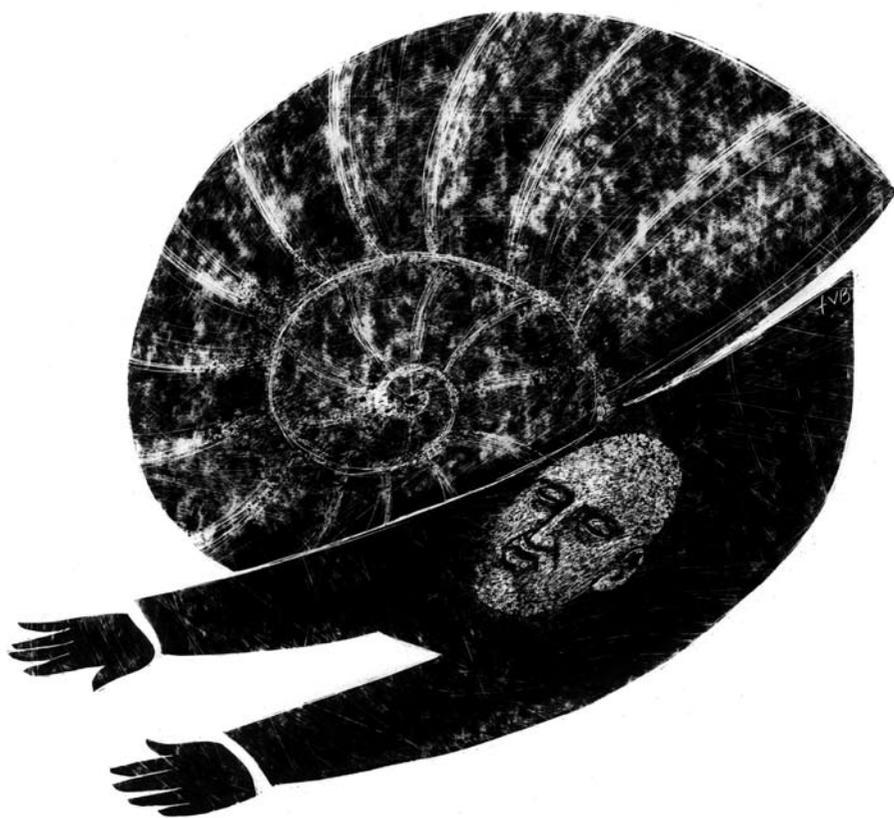
Cuando advirtieron que mis ojos galopaban lúbricamente a sus espaldas cierto nerviosismo se apoderó de su forma de caminar y me regocijé de su desasosiego. La más alta cojeaba levemente del pie izquierdo y, antes que afearla, este detalle incrementaba el interés por ella, pues sus glúteos cobraban súbita importancia bajo sus leotardos color crema. Era como si compensaran con su gemela armonía el desequilibrio de una de sus extremidades con el suelo. La del centro, que era quien esgrimía el periódico como si fuera un látigo, parecía más osada y así lo ratificaba el tamaño deliberadamente reducido de su minifalda. La tercera, a la derecha del grupo, era la más esbelta y atractiva y caminaba con la convicción de quien conoce el placer que despierta a su paso. Sus medias color magenta me sedujeron tanto como sus piernas y fue la única que, avanzados diez metros, se dio la vuelta pero yo no quise abrigar falsos optimismos: sin duda quería darle un leve adiós al cóndor enjaulado.

Dos o tres semanas más tarde, al pasar frente a la paloma de piedra del Jardín de Freud, las volví a ver. Entre seis u ocho estudiantes que comían prójimo me resultó fácil identificarlas. ¿Por qué esas tres muchachas estaban siempre alrededor de un pájaro? No supe entonces asociar el legado de Freud a mis precoces conjeturas, pero intuía que su entusiasmo ante el cóndor enjaulado y sus risas, ahora, ante la paloma de piedra, tenían un sentido que se me escapaba. Vale recordar que el Jardín de Freud era un foro en el que los estudiantes de todas las facciones debatían sus diferencias políticas. Allí, en ese apacible espacio, a la sombra de una hierática paloma de piedra, confluían todos los caminos de la Universidad.

Acariciados por el aire cálido de las mañanas, bajo el sopor del mediodía o al amparo de las brisas del crepúsculo se reunían los enamorados, los jíbaros y los estudiantes menos comprometidos con los horarios de clase para escuchar el sermón de la bienaventuranza o la prédica sobre los nefastos tiempos por venir. A manera de incienso ritual, fuertes vararadas de cannabis “Santa Marta Golden” recuperaban la atención de los más díscolos, cuyos ojos se desplazaban, se arrastraban como insectos insolentes de los escotes más provocativos a la pingüe contundencia de los muslos femeninos, que infidentes minifaldas ponían al descubierto. Allí, sobre el césped y entre algunas flores llamadas “novios enanos” vagaban los pensamientos más extremos pero también había

lugar para debatir sobre las grandes verdades establecidas, pues no había tema vedado a la grey congregada en torno a la imaginación dichosa.

Hablaban los líderes políticos pero también las bases del movimiento, los poetas y hasta los científicos. Todo, desde las razones revolucionarias más extremistas hasta la lírica e incluso la física más avanzada pasaba por el auditorio al aire libre de prejuicios del Jardín de Freud. Y para demostrar que nada estaba al margen de discusión, una anónima aunque ilustrada mano anotó sobre la blanca base de la paloma de piedra la célebre ecuación de Einstein, sin duda para demostrar que todo en la vida es relativo. Así, la ecuación $E=mc^2$, que



para los físicos quiere decir que la energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado, adquirió diversos sentidos, como el que le atribuían los moscovitas, ya en ese entonces llamados mamertos, a tenor de las letras de la ecuación, y que sostenían que E , emancipación, es igual a mc , movimiento comunista al cuadrado, ante lo cual reviraban los espíritus más libres y contestatarios, que afirmaban que lo que la fórmula da a entender es que E , emancipación, es igual a mc , la marihuana compartida en pareja.

Y aunque, pese a las discusiones, la ecuación quedó tal como fue formulada inicialmente, un grupo de hedonistas recalcitrantes, apoyados por los estudiantes de ginecología, ofrecieron una interpretación más sensual y a tono con la

desbraguetada época, que pronto se hizo *graffitti* en los muros de mayo: “Si tu cuerpo libera energía tu masa disminuye”. En este sentido, Freud se apoyaba en Einstein para que el Principio del Placer se cumpliera, pues si bien es verdad que todo es relativo, también lo es que toda compenetración erótica es absoluta, y así lo sostenían los estudiantes de física al afirmar que “una masa puede convertirse en una enorme cantidad de energía demostrando una relación fundamental en toda naturaleza”.

Los revolucionarios veían de esta forma confirmada la acción solidaria de las masas estudiantiles, en tanto que los hedonistas creían que cuanto mayor fuera la masa física de las muchachas que participaban en la orgía, mayor también era la satisfacción de los instintos y la armonía con la naturaleza. Y de todo esto hablaban las tres muchachas que había visto por primera vez alrededor del cóndor enjaulado. Entre los estudiantes allí reunidos vi a Gabriel Restrepo, Gonzalo Sánchez y Álvaro Fayad.

He señalado ya que la llamada Década Prodigiosa se inició bajo la evocación de dos personajes que habrían de tener honda gravitación intelectual y política en nuestra generación. En efecto, la muerte de Albert Camus, el 4 de enero de 1960, puso de presente cierta forma de orfandad espiritual, sobre todo si se considera el valioso influjo de su obra sobre quienes frisábamos los veinte años de edad al promediar la década, en 1965. Si *El hombre rebelde* y *El mito de Sísifo* nos habían hecho reflexionar sobre nuestro papel en la historia, al asumir una actitud entre la rebelión y la revolución, de acuerdo a lo que nos deparó la lectura del primer libro, el ensayo sobre

lo absurdo y el problema del suicidio, temas del segundo, completaban el arco de inquietudes que por esos días y dada nuestra edad, más plagada de interrogantes que de respuestas, nos agobiaba.

No obstante, si hubo una obra que resultó emblemática a la hora de las decisiones prácticas fue *Los justos*. ¿Cómo no ver en la actitud de los estudiantes rusos ante la injusticia que padecían sus compatriotas bajo el absolutismo zarista una invitación a la acción? ¿Pero a qué acción nos incitaban las propuestas de esta obra? Combatir la violencia del totalitarismo con el terrorismo –que es el núcleo anecdótico de *Los justos*– no era la vía más conveniente y, sin embargo, ése fue el camino elegido por muchos estudiantes, convencidos de que el terror

se lo combate sólo con el terror. *Los justos* fue llevado a escena en el Teatro Colón y uno de los personajes más radicales e implacables de la trama fue interpretado por Álvaro Fayad.

La otra figura intelectual cuya obra –y, sobre todo, experiencia política– suscitó grandes inquietudes entre los estudiantes fue el también escritor francés Paul Nizan. La primera frase de su primer libro, *Adén Arabia*, nos conmovió, pues junto a la reflexión nos comprometió en una especie de proyección autobiográfica. Escribió Nizan: “Yo tenía veinte años. No permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”. Y como si alguien le exigiese una explicación de su evidente y contundente desencanto, escribió a renglón seguido: “Todo amenaza con la ruina a un hombre joven; el amor, las ideas, la pérdida de la familia, la entrada en el mundo de los adultos. Le es duro aprender cuál es su lugar en el mundo...” ¿No era ésa, exactamente, nuestra situación?

A la sombra de la paloma de piedra del Jardín de Freud estos dos escritores incidieron de forma determinante en nuestro comportamiento, sobre todo el político. Camus había sido expulsado a los veinte años del Partido Comunista y había optado, en la exótica Argelia de los años treinta, por una actitud contestataria y libre, ajena a las consignas y próxima a la acracia. Nizan había ingresado muy joven al Partido Comunista y era un feroz defensor de las directrices trazadas por el Comité Central. Es obvio que estas posturas tan opuestas gestaran entre los estudiantes simpatías y divergencias, alabanzas y descalificaciones, emulaciones y rechazos.

Curiosamente, estos dos intelectuales guardaban sorprendentes parecidos. Ambos eran carismáticos y la universidad fue el foro idóneo de sus inquietudes, algo similar a lo que ocurría entre sus lectores. El calificativo de *dandy* les fue aplicado con toda propiedad y sin ánimo peyorativo. Las mujeres sentían una particular fascinación por ellos y, aunque ambos se casaron siendo casi adolescentes, no se privaban de ejercer el adulterio como una de las bellas artes. El amor simultáneo, que obviamente involucraba a varias mujeres en la relación, era una de las divisas de Camus, a quien adoraban las pensatrices y las damas de la farándula. Nizan se rendía ante las jovencitas y las elegía “tontas y vírgenes”, pero no soportaba que sus amantes tuvieran pasado. Y aunque no se hacía de rogar, guardaba ciertos escrúpulos ante la más osadas.

Jean-Paul Sartre, que fue quien trazó la entrañable necrológica de Camus en 1960 y quien ese mismo año rescató del tendencioso olvido político a Nizan, cuenta que una mujer le propuso al autor de *Adén Arabia* hacer el amor ahí mismo, donde se encontraban, a lo que el escritor contestó ante la sorpresa de los testigos: “No, señora. Nos ensuciaríamos”.

Camus y Nizan tenían un gran sentido del humor y destacaban por su “cinismo encantador” y una “implacable y dulce agresividad”. Los dos escritores amaban la filosofía y mientras Camus dividía sus afectos entre Plotino y Agustín de Hipona, Nizan se adscribía al pensamiento de Epicuro. El exotismo argelino del joven Camus encuentra su complemento en el exotismo que agobió al joven Nizan cuando viajó hasta Adén, en la Arabia que dormía a orillas del Mar Rojo, y nos legó un libro fascinante y al mismo tiempo escéptico. Ambos murieron muy jóvenes: Camus en un accidente de automóvil, aunque nunca se despejaron las dudas sobre un posible atentado. Nizan, quien fue satanizado por el Partido Comunista al desaprobar públicamente el Pacto Germano-Soviético, murió de un tiro en la nuca. Y fueron estos hombres quienes, al comenzar la Década Prodigiosa, dictaron cátedra al margen de las academias a los estudiantes que conformábamos esa nueva versión de La Píara de Epicuro en el Jardín de Freud.

Pero, más allá de las circunstancias personales y de las enormes diferencias de calidad y contenido de sus obras, estos dos hombres encarnaron, sin proponérselo, sendos perfiles refractarios entre sí de lo que era el intelectual de la época. Contrario a la cómplice solidaridad con los “compañeros de viaje”, Camus defendió denodadamente la prerrogativa del intelectual a ejercer la disidencia y el derecho de convertir sus convicciones en una ética. Nizan, fiel a los dictados del partido, actuó bajo consigna hasta el día en que su discrepancia convirtió a sus camaradas en enemigos y éstos le cobraron con su vida sus desacuerdos. Estos perfiles se veían reproducidos por doquier entre las distintas facciones ideológicas que se enfrentaban en el campus y en las aulas. A diferencia de quienes militaban en uno u otro grupo político, aquellos que comenzábamos a escribir lo hacíamos para neutralizar nuestro estupor e impotencia ante esa barahúnda de posturas ideológicas que no comprendíamos: el libro se insinuaba ya como un puente entre las simples expectativas y la experiencia vivida.

Probablemente el problema del intelectual de nuestra generación radicó en que, puesto a elegir entre la evidencia empírica –es decir esa ostensible realidad que nos demostraba que las armas no llevan a ninguna parte, que la violencia no es más que una anomalía del espíritu– y las contradicciones con que lo agujonea su ideología, optó por sus contradicciones, a contravía de los hechos. El resultado era previsible: o se estrellaba contra la realidad histórica o persistía en sus contradicciones. Y al persistir en éstas, el intelectual cayó en una especie de endogamia política de la que sólo lo liberó la muerte en el monte, la claudicación burocrática o esa forma

de suicidio que es el desencanto sin paliativos. Vistas –o intuitas– así las cosas, ¿quién podía creer que tener veinte años era la edad más hermosa de la vida?

A la sombra de la paloma de piedra del Jardín de Freud sólo atinamos a descubrir –o, por lo menos, eso fue lo que descubrí yo–, en medio de las “meninas” indómitas y frívolas, que moral y cuerpo femenino son incompatibles y que, aunque nos creíamos dueños del mundo, nuestra curiosidad extendía sus dominios en un territorio donde sólo las mujeres eran frontera. Nuestro error se apoyaba precisamente en la visión que teníamos del mundo, pues “pensábamos que el mundo era nuevo porque nosotros éramos nuevos en el mundo”. Tras las largas conversaciones del Jardín de Freud y a tenor de los imperativos que nos imponía el Principio del Placer, adquirió sentido la convicción de que la única tragedia es la abstinencia.

Y de nuevo con las tres muchachas que garlaban sin cesar al lado de la paloma de piedra, me pregunté qué era lo que las diferenciaba de la multitud femenina de la universidad. Precisamente eso, que no formaban parte de la multitud. De alguna forma, eran únicas. Con sus libros tirados sobre el césped deambulaban mentalmente entre un asunto y otro, pontificaban sobre esto o aquello sin el menor atisbo de lo que suele ser la discreción, atrevidas, pedantes, bellísimas. Su total ausencia de modestia, en mudo acuerdo con la insolencia de sus atributos físicos, las convertía en jóvenes hembras que aireaban sus pretensiones en los prados del conocimiento.

Son pensatrices, me dije. Y entonces, al recordar las enseñanzas de Linneo en el Museo de Historia Natural la mañana en que las vi por primera vez, supe que si no las clasificaba pronto mis intuiciones se sumirían en la ineditéz más aberrante. ¿Clasificarlas? La pregunta me sonó a entomología y especulé sobre cuál era la especie a la que pertenecían estos inquietantes especímenes, a quienes previamente había llamado “meninas”. Era evidente que rumiaban en todas las ramas del saber y también que, así afirmaran lo contrario, por nada del mundo querían alejarse más de dos metros del denostado macho. ¿Acaso no las había sorprendido cuando intentaban adivinar el sexo del pájaro cautivo? Y ahora, ¿no las escuchaba especular en voz alta sobre el varón domado y las estructuras elementales del parentesco y el mono desnudo?

De pronto algo me liberó de estas cavilaciones: a lo lejos, rumbo a sus oficinas en Extensión Cultural, reconocí el cadencioso caminado de Marta Traba y, como un relámpago en el cerebro, tuve que admitir que ella pertenecía a un rango femenino diferente al de las “meninas”. Ante la gran dama

del arte nacional, las muchachas que ganaban mi atención no eran más que neófitas: supe entonces que la clasificación se diversificaba y que era preciso dedicarle más tiempo a ese asunto. Deduje que, por exigencias de su edad, las pensatrices más pequeñas eran algo así como damas de compañía de la gran emperatriz de la cultura, esa hermosa “mandarina”, quien, por razones cronológicas, alguna vez tuvo que ser “menina”. Y ahí mismo la clasificación comenzó a cobrar forma inspirada en una bien elaborada jerarquía de mujeres ilustres. Pero algo fallaba. Si las “meninas” apenas se iniciaban al orbe del saber, donde Marta Traba fungía como máxima pensatriz, era obvio que faltaba un tercer tipo de mujer, alguien que al llegar a la cumbre de sus años debía dar testimonio de los dos estadios anteriores y con su experiencia brindarle todo el lustre posible a la dorada vejez del género.

Súbitamente se formó una algarazara y en medio de una marea de voces expectantes alguien dio la noticia: “Camilo Torres va a hablar”. Pronto un enorme conglomerado de estudiantes escuchábamos al cura, quien desde el balcón más estratégico de la Cafetería Central exponía lo que a partir de entonces pasó a llamarse Plataforma del Frente Unido, tema del cual hablé en otra oportunidad. Al finalizar su discurso, un grupo de estudiantes lo escoltó hasta la entrada de la calle 26, donde lo esperaban un automóvil y una señora de aspecto distinguido, cuya bien asumida madurez daba a entender una red de experiencias muy bien vividas.

Al comienzo no la reconocí pero al observarla mejor mi memoria sufrió algo parecido a una epifanía. Era Ruth Argendoña, una socióloga chilena o boliviana que se había convertido en una de las más estrechas y eficaces colaboradoras de Camilo y a quien seis o siete años antes yo había conocido cuando el cura y sus muchachos del Movimiento Universitario de Promoción Comunal transformaron mi barrio en laboratorio de sus experiencias sociales. A Ruth Argendoña la acompañaban siempre sus hijas, dos espléndidas muchachas que hicieron de mi adolescencia un tortuoso eslabón de tribulaciones sentimentales, pues al no saber decidirme por la rubia o por la morena perdí –en la pobre contabilidad de mis deseos, por supuesto– cualquier posibilidad afectiva con las dos.

Pero la súbita revelación puso las cosas en orden. La “matriarca” que el azar acababa de presentarme coronaba la pirámide de “meninas” y “mandarinas”, con lo que la dinastía de mujeres ilustres de Indias adquiriría por fin forma. Y desde ese fecundo año de 1965 esas mujeres se convirtieron en parte esencial de mi vida y de mi trabajo literario. Más allá de lo que decían las paredes de La Soborna, en el sentido de que “la

ortografía es una mandarina”, por encima de razones cítricas o sintácticas, esas muchachas llegaron a conformar pronto una cuestión de lento y refinado estilo. Pero los días de tanta belleza, apoyados en el mito de la autonomía e inviolabilidad universitaria, estaban contados.

Dije al comienzo de estas apretadas evocaciones que entre un pájaro enorme y triste y una paloma de piedra se pasaron los mejores años de mi vida y buena parte de los de mis compañeros de generación. Ya expliqué a qué pájaro y paloma me refería. Quiero señalar, no obstante lo dicho, que este país está signado por la recurrente imagen de ese pájaro que no sólo adquiere significación e importancia en las conmemoraciones patrióticas. A tenor de mi devoción literaria por esas “meninas”, “mandarinas” y “matriarcas” que le dieron origen a mi obra, debo señalar con extrañeza la forma en que los mayores atributos de la mujer se han visto reducidos en nuestro lenguaje a materia deleznable, pues a los pertinaces admiradores del sexo femenino ya no les dicen tumbalocas o donjuanes sino que se les da el nombre de gallinazos, es decir, sujeto que se alimenta de carroña.

En el orden de las ideas políticas de nuestra historia, Los Pájaros fueron un grupo de sicarios que, avalados por el Directorio del Partido Conservador y ciertos sectores de la Iglesia católica, al promediar el siglo XX asolaron gran parte de la nación en lo que constituyó la peor época de la violencia. En ciertas regiones *pajarear* es un verbo que significa “acechar con intención de matar”, mientras que *pajarito* no es un ave pequeña sino el pene de un niño. Y si quedan dudas, en este

país donde la intolerancia hace que en los diálogos no se acepten razones en contra, *impajaritable* es la palabra que se le da a lo que no tiene discusión alguna, lo que es indudable, indefectible, lo que no admite réplicas.

Y como ya se ha señalado, el cóndor, la mayor de las aves rapaces del mundo, es el símbolo patrio, lo que quiere decir que Colombia –nombre que no viene de Colón, como se cree, sino de *columba*, es decir, paloma– más que una nación es un enorme y ávido pájaro carroñero que atento vigila su alimento, ese vasto país convertido en fosa común. Por eso, entre aves de tan diversa condición y plumaje y una legión de damas de la mente, mi juventud se alimentó de las plurales experiencias que me ofrecían los sucesos que tuvieron como escenario el campus de la universidad, campus donde se libraron muchas batallas de amor, campus de plumas. Y así, entre pájaros y mujeres, decidí hacerme escritor, al extremo de que, con la mirada puesta en el Jardín de Freud, pude también yo patentar mi propia ecuación. La $E=mc^2$ de Einstein adquirió para mí un significado específico. *E*, escribir, es igual a *mc*, el dulce manoseo sobre el cuerpo de la compañera, multiplicado, como en la escritura, por la velocidad de la mano al liquidar la inocencia de la página en blanco. •

R. H. MORENO-DURÁN, fallecido recientemente, fue prolífico novelista, cuentista, dramaturgo y ensayista. En su extensa obra destacan su trilogía *Femina suite* y el libro de ensayos *De la barbarie a la imaginación*.

